

Sentimiento, espíritu y nación. La recepción del nacionalismo barresiano en el joven Manuel Gálvez.

Grinchpun, Boris Matías.

Cita:

Grinchpun, Boris Matías (2011). *Sentimiento, espíritu y nación. La recepción del nacionalismo barresiano en el joven Manuel Gálvez. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/217>

Mesa N°: 34.

Título: Dimensiones de la Vida Política en la Argentina a principios del siglo XX: actores, prácticas y cultura política, 1900-1930.

Apellidos y Nombres de los Coordinadores: Tato, María Inés – Rojkind, Inés.

Título de la Ponencia: “Sentimiento, espíritu y nación. La recepción del nacionalismo barresiano en el joven Manuel Gálvez”.

Apellido y Nombre del Autor: Grinchpun, Boris Matías.

Pertenencia Institucional: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, dependiente de la FFyL, UBA.

Documento Nacional de Identidad: 32.936.324.

Correo Electrónico: matiasgrinchpun@gmail.com.

Autorización para publicar: SÍ.

Sentimiento, espíritu y nación. La recepción del nacionalismo barresiano en el joven Manuel Gálvez

“Si el amor es el alma de la inteligencia, la inteligencia es a su vez la llama del amor. Estos dos términos unidos forman lo que yo llamaría la comprensión y el pleno discernimiento; mientras que uno separado del otro no constituye sino algo espurio, castrado, desprovisto de fuerza, de poder, de vida”.¹

Flora Tristán.

Introducción. La Pista Segura

“Si estamos buscando influencias intelectuales, la pista segura es Francia”. Recuerdo que esta frase fue pronunciada en una clase teórica acerca de la trayectoria historiográfica de Bartolomé Mitre: el punto era que en su *Belgrano* podían verse claramente aplicados los modelos de varios pensadores franceses, entre ellos el doctrinario Victor Cousin con su idea del hombre representativo de su tiempo.² También podría haberse estado hablando de Domingo Faustino Sarmiento, en cuyo *Facundo* el epónimo Juan Facundo Quiroga, así como Juan Manuel de Rosas, representa con su estilo político una época e, incluso, un medio.³ Las lecturas de los filósofos políticos franceses fue también importante para otro miembro de la Generación del '37, Juan Bautista Alberdi, cuya particular recepción y reformulación del pensamiento de Alexis de Tocqueville en las *Bases y Puntos de Partida para la Organización Política de la República Argentina* ya fue analizada entre otros por Natalio Botana.⁴ Esta suerte de genealogía podría remontarse incluso a Mariano Moreno, quien entró en contacto con el pensamiento del contractualista Jean-Jacques Rousseau mientras estudiaba Derecho en la Universidad de Chuquisaca, publicando en 1810 una traducción de *El Contrato Social*.⁵

A finales del siglo XIX esta influencia del campo intelectual francés en la Argentina presentó una serie de novedades. Por un lado, Francia se vio humillada militar y políticamente

¹ Tristán, Flora, “Plan de la Unión Universal de los Obreros y las Obreras” en Tristán, Flora, *Feminismo y Utopía*, México, Fontamara, 1993, pp. 159-160.

² Pagano, Nora, “La historiografía erudita”, documento de trabajo de la cátedra Teoría e Historia de la Historiografía, FFyL, UBA.

³ Sarmiento, Domingo F., *Facundo*, Buenos Aires, Centro Editor de Cultura, 2006.

⁴ Botana, Natalio, *El orden conservador*, Buenos Aires, Sudamericana, 1997.

⁵ Goldman, Noemí, *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, CEAL, 1992.

por Prusia en 1871, perdiendo prestigio internacional y poder. Por el otro, los intelectuales argentinos se enfrentaron a nuevas problemáticas surgidas de las profundas transformaciones sociales, económicas y políticas que el país estaba experimentando.

Como han señalado Eric Hobsbawm⁶ y George L. Mosse⁷, en las últimas décadas del siglo XIX el nacionalismo “cívico”, “inclusivo” o “jacobino” que se había venido desarrollando desde la Revolución Francesa, y que veía a la nación como una entidad creada por el compromiso individual de los sujetos-ciudadanos sin importar su raza o religión, se ve impugnado por un nuevo nacionalismo “orgánico” o “romántico”. En esta nueva concepción la nación reside en el pasado, en la tradición y en la cultura, por lo cual precede y subordina al sujeto, y sobredetermina su trayectoria vital. El miembro de la nación participa de esa historia y de esa cultura, está inextricablemente unido a la tierra por la sangre, de modo tal que grupos enteros quedan excluidos de la nacionalidad. Para unos pensadores que empezaban a percibirse a sí mismos como nacionalistas y que veían a la sociedad argentina como un cúmulo de *guaranguería*, de costumbres degeneradas y de inmigrantes obsesionados por el dinero, totalmente ajenos a la realidad nacional, los grandes nombres de este “nuevo” nacionalismo francés brindaban herramientas de análisis de la realidad, aunque todavía no inspiraban movimientos políticos de derecha como la *Ligue des Patriots*.⁸

A principios del siglo XX, una nueva generación de escritores apareció en la ciudad de Buenos Aires. Siendo muchos de ellos del Interior, el movimiento de la metrópoli, su febril actividad económica, su fisonomía cambiante por la explosión demográfica y la convivencia de miembros de múltiples nacionalidades que habían llegado con el aluvión inmigratorio, les impactaron profundamente. Sin renegar de la Modernidad, se mostraron críticos frente a lo que veían como un cosmopolitismo extranjerizante y un materialismo irrefrenable. Al tiempo que renegaban de sus antecesores intelectuales inmediatos, retomaban algunos de los problemas que habían tratado y los autores que habían leído, entre ellos el nacionalista “romántico” Maurice Barrès. Manuel Gálvez (1882-1962) fue uno de esos jóvenes preocupados por la realidad nacional que abrevaron, entre otras fuentes, en el nacionalismo barresiano como herramienta de análisis.

⁶Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1992, pp. 96-97.

⁷Mosse, George L., *La cultura europea del siglo XIX*, Barcelona, Ariel, 1997.

⁸ Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2008.

El propósito de este trabajo es ahondar en las primeras obras de Gálvez, consideradas como precursoras del nacionalismo argentino, para ver cómo este joven escritor recibió el pensamiento de Maurice Barrès. Para ello, se realizará primero un breve repaso de las ideas del autor de *Les Deracinés* para luego indagar en qué trazos de las mismas aparecen en los libros del escritor entrerriano. Finalmente, se analizará si en su madurez Manuel Gálvez continuó apegado al nacionalismo barresiano o si, por su propia evolución intelectual o por el cambio en la realidad política argentina, dicha corriente fue dejada de lado.

Algunas Consideraciones Teóricas y Metodológicas

El analizar dos figuras intelectuales supone realizar un corte tan arbitrario como cualquier otro. Sin embargo, hay una serie de interesantes puntos en común que, sin excusar la arbitrariedad de la selección, permiten justificarla en cierta medida. Barrès y Gálvez fueron escritores al mismo tiempo que polemistas, lo cual permitiría retomar el planteo del filósofo David Carroll para quien estos autores estarían realizando un *uso ideológico de la cultura*, expresado en juicios donde las vetas estéticas se unen inextricablemente a los juicios políticos. En este sentido, su concepción de lo bello, lo verdadero y lo bueno estaría operando constantemente a la hora de analizar la realidad social.⁹

Siguiendo a Raymond Williams, puede ser útil recordar que como intelectual Gálvez se habría arrogado el derecho de conformar la tradición nacional, seleccionando un corpus de textos representativos y determinando el uso correcto de la lengua.¹⁰ En este sentido, podría verse el choque generacional producido entre el grupo del Centenario y los intelectuales “positivistas” (y, en cierta forma, lo mismo podría decirse de las discusiones entre la juventud de 1910 y los neorrepublicanos) como una disputa por esta tutela de la tradición nacional, por asumir el rol de intelectuales que guían a la sociedad en el conocimiento y en la defensa de la nacionalidad.

La Tierra y los Muertos

La historia intelectual ha tendido a dividir la obra y el pensamiento de Maurice Barrès (1862-1923) en dos grandes etapas: la primera comprendería los últimos años de la década de 1880 y los primeros de la siguiente y estaría representada en las novelas *Souvl'oeil des barbares* (1888),

⁹ Carroll, David, *French literary fascism. Nationalism, anti-semitism and the ideology of culture*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1995.

¹⁰ Williams, Raymond, *Marxismo y Literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, p. 74.

Un Homme libre (1889) y *Le Jardin de Bérénice* (1891), que conformarían la trilogía del *Culte de Moi*. La segunda etapa comenzaría hacia 1893, abarcaría el resto de la vida del escritor francés y estaría marcada por su adhesión y defensa del nacionalismo.

¿En qué consistía el Culto del Yo central en la primera etapa? Para Barrès, el Yo no era simplemente el individuo sino más bien una realidad en constante construcción y reconstrucción. Dicho proceso de permanente mutación estaría signado por la lucha contra fuerzas externas contrarias al Yo que, recordando en cierta forma a la cultura griega, recibían el nombre de “bárbaros”. También en cierta forma como las *poleis* griegas, la verdadera libertad residía en resistirse a toda dominación extranjera: era así como el sujeto conseguía la verdadera autonomía y podía conocer lo auténticamente suyo. La posición del Yo es ambigua: si bien no se piensa sino que se siente, no es completamente irracional. Se trataría más bien de una recuperación y comprensión del instinto desde la razón. ¿A qué tiende el Yo? A un goce de los sentidos, a una plenitud que hace del individuo la fuente de todas las ideas y de una lógica armónica con el universo. Constituye también un refugio contra la heterogeneidad racial y religiosa de la Francia de fin de siglo, contra las tendencias corrosivas de las instituciones modernas.¹¹

¿Cómo podía conciliarse este individualismo radical con el nacionalismo? Charles Maurras hablaría de una “mutación permanente” en su amigo, y muchos señalarían que la contradicción era flagrante. Barrès, sin embargo, se exasperaba frente a tales comentarios ya que para él no se trataría de una revolución copernicana sino más bien de una profundización de la lógica del Culto del Yo. El Yo redescubriría la cultura nacional, la expresión más profunda de un pueblo, y reconocería que sólo en el seno de la nación estaría protegido de los bárbaros.¹² Esta realidad sería la única, entonces, que permitiría a los sujetos alcanzar su plenitud. Si bien resulta algo difícil creer que no haya rupturas entre las dos etapas del pensamiento de Barrès, ciertos elementos expresados en su primera trilogía de novelas continúan presentes en sus reflexiones sobre el nacionalismo.

Antes de pasar a analizar dichas reflexiones, puede resultar útil señalar qué factores de la experiencia política del escritor y de la Francia de su tiempo podrían haberlo movido a revisar sus convicciones. Un factor relevante pudo haber sido su participación en el movimiento del

¹¹ Carroll, David, *op. cit.*, pp. 25-32.

¹² Winock, Michel, *El siglo de los intelectuales*, Madrid, Edhasa, 2010, pp. 207-209. Carroll agrega que esta modificación sienta una de las bases fundamentales del fascismo que es la totalización del sujeto. En este sentido, el nacionalismo barresiano sería paradójicamente una filosofía subjetivista radical, no una ideología comunitaria como el de Maurras.

general Georges Boulanger: atraído por los elementos populistas del *boulangismo* pero no por el monarquismo, Barrès fue elegido diputado por dicho partido en 1899. También deberían tomarse en consideración el *affaire Dreyfus*, que habría permitido a Barrès definir sus opiniones antisemitas, y la breve pero fructífera experiencia como redactor en el periódico *La Cocarde* en 1894 y 1895. Para el historiador francés Michel Winock, el cambio ya es evidente en una de las más famosas novelas del lorenés: *Les Deracinés*, primera parte de la trilogía *Le Roman de l'energienationale*, aparecida en 1897. En ella, un grupo de jóvenes, loreneses como Barrès, ven su vínculo con la nacionalidad amenazado por dos fuerzas disolventes: por un lado, el kantismo de su profesor universitario, una fuerza doblemente peligrosa por ser universalista y alemana. Por el otro, Astiné, una mujer armenia que representa los peligros de la cultura oriental: femenina, tentadora y decadente.¹³

El nacionalismo barresiano, la cultura prima sobre la raza. Esto se debía en parte a que Francia, a diferencia de Inglaterra o de Alemania, no podía apelar a una composición racial homogénea como fundamento de su nacionalismo. Sin embargo, como ya se mencionó, la cultura era la expresión más profunda y auténtica de un pueblo, por lo cual sería un sostén más firme de la nacionales que cualquier criterio biológico o racial.

Ahora bien, ¿dónde reside la cultura? De generación en generación, los sujetos heredarían una sensibilidad particular conformada por una serie de modelos estéticos, al tiempo que las narrativas los conectan con sus antepasados y les transmiten una sabiduría ancestral. Este vínculo espiritual con el pasado, la *tierra* y los *muertos*, debía ser establecido por los intelectuales para informar ala consciencia nacional, la cual no debía ser razonada por los franceses sino ante todo sentida. Los vínculos no pueden construirse sólo con ideas, sino que estas deben apoyarse en sentimientos. El nacionalismo funcionaría como una especie de panacea, solucionando todos los problemas de Francia, en particular los provocados por las fuerzas de las Modernidad portadoras de desarraigo.¹⁴

El rol secundario de lo político frente a lo estético no haría al nacionalismo de Barrès menos exclusivo y agresivo que el de Maurras. La sensibilidades estéticas y religiosas funcionarían como criterio de demarcación de la *familia nacional*, y quien quedase afuera sería un parásito pernicioso que debería ser erradicado. Así, las opiniones de Émile Zola mostraban

¹³Winock, Michel, *op. cit.*, p. 17.

¹⁴Ibídem, pp. 81-83.

que era un veneciano desarraigado. Los judíos, apátridas por antonomasia, carecerían justamente de tierra y de muertos, de tradiciones y antepasados. Por este motivo, Dreyfus debía ser condenado aunque la evidencia no fuera decisiva. Los protestantes también formarían parte de ésta “anti-Francia”, por el sólo hecho de que su religión es distinta al catolicismo de los antepasados.¹⁵ La idea de un grupo de fuerzas extrañas a la comunidad nacional, operando en conjunto para su destrucción, estará también presente en Charles Maurras cuando hable de los *meteques*.

Como han señalado Winock¹⁶ y Carroll¹⁷, las ideas y las obras de Barrès tuvieron una influencia inmensa en sus contemporáneos y en las generaciones sucesivas de pensadores franceses. Y no sólo de derecha: un joven León Blum veía al autor del *Culte de Moïse* como un “príncipe de la juventud” e iría a pedirle sin éxito su apoyo al bando *dreyfusard* en diciembre de 1897.¹⁸ Lo que resulta interesante es que su férreo nacionalismo iba acompañado por una personalidad afable y abierta que podía dejar de lado el antagonismo político que sentía por un Zola o un Anatole France y respetarlos por sus cualidades literarias. Virtud que lo distinguía de Maurras.¹⁹

Manuel Gálvez: Modernidad y Tradición

En la primera década del siglo XX, Manuel Gálvez (1882-1962) era un joven entrerriano proveniente de una familia patricia de Santa Fe viviendo en la ciudad de Buenos Aires. Hacia 1905 ya había obtenido su título de abogado y frecuentaba a otros jóvenes con intereses literarios. Preocupados por lo que percibían como un avance irrefrenable de los intereses materiales en el país, y por el consecuente advenimiento una sociedad cosmopolita, guaranga e informe, participaron en la fundación de la revista *Ideas*, de corta vida (1903-1905), y escribieron artículos en distintos periódicos en los cuales comenzarían a expresar ideas nacionalistas.

Las lecturas de Manuel Gálvez eran diversas y numerosas. Por un lado, estaban los intelectuales españoles de la generación del '98 que buscaban extraer de la derrota frente a los EE.UU. las lecciones necesarias para regenerar a su país, entre los cuales podría destacarse al por

¹⁵Ibídem, pp. 53-55.

¹⁶Ibídem, p. 210.

¹⁷Ibídem, p. 39.

¹⁸Ibídem, pp. 15-17.

¹⁹Ibídem, p. 101.

momentos decadentista Miguel de Unamuno. Por el otro, se hallaban los escritores del movimiento *modernista* capitaneados por Rubén Darío, aunque como señala Gálvez el interés de su generación era lo autóctono, no lo exótico. Entre los pensadores latinoamericanos que llamaron la atención del futuro novelista no puede soslayarse a José Enrique Rodó, cuya denuncia del materialismo “calibanesco” en *Ariel* impulsó una corriente espiritualista que recibiría, justamente, el mote de *arielismo*. Incluso podría decirse que, en ciertas frases de Gálvez favorables a la solución de los problemas sociales argentinos por medio de la fuerza y la violencia, habría una influencia de Georges Sorel y de F.T. Marinetti, a quien el entrerriano conoció en su primer viaje por Europa.

Pero también podría contarse entre sus influencias, como han señalado ya Marysa Navarro Gerassi²⁰, Mónica Quijada²¹ y Fernando Devoto²², a Maurice Barrès. Su presencia ya habría sido visible en intelectuales de la generación anterior a Gálvez como Joaquín V. González (particularmente en *Mis Montañas*, de 1903)²³ y en Marco Avellaneda, grupo con el cual el joven literato y sus por momentos compañeros de ruta habrían entablado una especie de guerra negando sus méritos para labrarse un lugar en el campo intelectual local.

¿Cómo entró Manuel Gálvez en contacto con Barrès? En sus memorias poco no dice el autor, ya que las referencias al escritor francés se limitan a algunas anécdotas intrascendentes. Entonces, se pueden buscar algunos nexos posibles, personas cercanas a Gálvez que estuviesen a su vez en contacto con el mundo literario francés. Son tres los posibles candidatos: en primer lugar, su pariente político Carlos Octavio Bunge de quien Gálvez deja un elogioso retrato.²⁴ En segundo lugar, el escritor Ángel de Estrada con quien el joven escritor trabajó amistad hacia 1904 y que apoyaba el intento de Barrès por recuperar la nacionalidad francesa apelando a la tierra y a

²⁰ Navarro Gerassi, Marysa, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Álvarez, 1968, p. 48.

²¹ Quijada, Mónica, *Manuel Gálvez. 60 años de pensamiento nacionalista*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 29.

²² Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna. Una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 43.

²³ González, Joaquín, *Mis Montañas*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1955. Fernando Devoto se pregunta si la influencia de Barrès es exclusiva de la generación de nacionalistas emergida en torno del Centenario o si ya era visible en aquellos intelectuales a los que se enfrentaban y de los que buscaban distinguirse. Si bien es difícil optar como el citado autor por la segunda opción, podría agregarse que si Winock está en lo cierto y el nacionalismo barresiano adopta una forma literaria acabada recién en *Les Deracinés* de 1897, entonces podría decirse que a principios del siglo XX las ideas del escritor lorenés serían tan novedosas para Manuel Gálvez y Ricardo Rojas como para Joaquín V. González. Véase Devoto, Fernando, *op. cit.*, p. 43.

²⁴ Gálvez, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria (I)*, Buenos Aires, Taurus, 2001, pp. 283-294.

los muertos y oponiéndose a la “amenaza semita”.²⁵ Finalmente, estaba el escritor rosarino Emilio Becher, que participó en *Ideas* como crítico de literatura francesa y que escribió en 1906 en *La Nación* un párrafo nacionalista con tintes barresianos: “*todo debe, pues, inclinarnos... a defender el grupo nacional contra las invasiones disolventes, afirmando nuestra improvisada sociedad sobre el cimiento de la tradición*”.²⁶ Vale la pena remarcar que las influencias de estos tres intelectuales pudo haber despertado en Gálvez la curiosidad por la obra de Maurice Barrès.

Ahora bien, ¿qué trazos del pensamiento del autor de *Les Deracinés* pueden hallarse en el cofundador de *Ideas*? Para encontrarlos, resulta necesario enfocarse en el período previo a la entrada de Gálvez en el “mundo de los seres ficticios”, donde siguiendo un itinerario tributario de Zola escribirá novelas realistas con el fin de representar todos los aspectos de la sociedad argentina. Es en torno del Centenario cuando Gálvez escribirá un ensayo de realidad nacional, *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), una mezcla de ensayo y libro de viajes, *El solar de la raza* (1913), y una novela referida a su generación, *El Mal Metafísico* (1916), obras en las cuales pueden hallarse ciertos elementos barresianos.

El Diario de Gabriel Quiroga se presenta como una voz crítica en medio del júbilo que suscita el Centenario. La Argentina correría el riesgo de terminar como el gigante de pies de barro del libro de Daniel si no atiende a los serios problemas que el desarrollo ha traído. Quiroga, *alter ego* de Gálvez, señala como males que aquejan a la sociedad argentina la “*veneración fetichista del dinero*”²⁷, el cosmopolitismo extranjerizante y el abandono de los ideales nacionalistas.²⁸ La máxima expresión de estas patologías es Buenos Aires, el puerto-metrópolis que extiende sus tentáculos hacia el interior. Visitarla “*produce una impresión penosa*” ya que “*edificación sonora y multiforme*” y “*sus calles rectas e iguales*” evidencian una “*falta absoluta de sentimiento estético*”.²⁹ ¿Qué solución propone el autor para esta situación? Su plan se resume en unas pocas oraciones: “*Reconquistemos la vida espiritual del país: por la educación de los ciudadanos, el estudio de nuestra alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales. Y si tal*

²⁵ Gálvez, Manuel, *op. cit.*, pp. 203-207.

²⁶ *Ibíd.*, p. 63.

²⁷ Gálvez, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 93.

²⁸ Gálvez, Manuel, *op. cit.*, p. 85.

²⁹ *Ibíd.*, p. 92.

conseguimos, los hombres de las actuales generaciones habremos realizado, sobre el prodigio de las fábricas y las cosechas, el milagro de nuestro renacimiento nacional”.³⁰

Ya en el diagnóstico podrían verse ribetes barresianos: el capitalismo, con sus masivos movimientos de capitales, mercancías y población, aparece como una fuerza disolvente típica de la Modernidad. Resulta también llamativo que se critique a Buenos Aires, que estaba adquiriendo una fisonomía urbana semejante a la de las grandes ciudades europeas, sea criticada por su falta de sentimiento estético. Pareciera ser que el progreso material suponía fealdad, la cual hablaría del carácter pernicioso y corrupto de la misma urbe. Como Barrés, lo que Gálvez lamenta es justamente la pérdida de los ideales nacionalistas.

¿Qué decir de la solución? Gálvez-Quiroga pareciera querer ocupar el lugar del intelectual encargado de estudiar la consciencia nacional como forma de inculcar los valores nacionales en la ciudadanía y recuperar el vínculo con el pasado, algo similar a lo que el lorenés proponía para Francia. Significativa también es la definición que el autor da del patriotismo: “*El patriotismo es un sentimiento profundo que, teniendo mucho de irrazonado, se confunde con el instinto. Por esto, sólo existe realmente en los pueblos de alma propia, donde el tipo de hombre es producto genuino del suelo, de la raza y del ambiente*”.³¹ Es decir que el patriotismo es ante todo un sentimiento, algo instintivo, no racional como plantearían Charles Maurras y, décadas después, los jóvenes redactores de *La Nueva República*. Incluso se considera, con ciertas reverberaciones de Hippolyte Taine, que el pueblo con alma propia está conformado por hombres que son auténticos productos del suelo, del ambiente y de la raza, aunque éste último elemento no sea rescatado por Barrés.

Gálvez también busca la tradición y el pasado en los pueblo de provincia, aunque llamativamente su propuesta no es reaccionaria sino, en cierta forma, progresista. No busca destruir el progreso obtenido por la Argentina en los pasados cincuenta años sino dotarlo de un espíritu, hacer de lo material la base en la cual se sustenten los logros artísticos y filosóficos que son los que en verdad importan, redimir a Calibán con Ariel.³²

Aparecido tres años después, *El Solar de la Raza* es un libro muy distinto. Producto de sus dos viajes a Europa, en 1905 y 1910, la obra combina un ensayo titulado “El espiritualismo español” con una serie de capítulo relatando las impresiones de Manuel Gálvez en su paso por

³⁰Ibíd., p. 86.

³¹Ibíd., p. 87.

³²Ibíd., pp. 202-204.

distintas ciudades de España. A diferencia de lo ocurrido en *El Diario de Gabriel Quiroga*, las referencias a Barrès son aquí explícitas.³³ Si bien no se cita su ideario nacionalista, sino sus juicios sobre el pueblo español, resulta significativo que se invoque su nombre como cita de autoridad.

No aparecen cortes significativos con lo planteado en torno del Centenario. Nuevamente, son los inmigrantes quienes han introducido con su afán de rápido enriquecimiento un nuevo concepto de la vida. El escepticismo materialista retorna como la enfermedad que debe ser curada por la espiritualización.³⁴ Los encargados de realizar esta cruzada, que no duda en llamarse materialista, son los escritores jóvenes (esto es, Gálvez y su generación)³⁵. Lo novedoso resulta que la búsqueda de la tradición ya no se limita a los apacibles pueblos del interior, sino que se ha remontado a España. El autor no es ajeno a la paradoja de que se construya el nacionalismo argentinos con ladrillos foráneos: “*Parecerá que este carácter nacionalista mal pueden tenerlo páginas que tratan de cosas españolas. No es así, sin embargo, pues todo libro sobre España, hondamente español, escrito por un argentino, será un libro argentino*”.³⁶ Esta hispanofilia, que en cierta forma entoncaba con una opinión más favorable a España que había aparecido en la última década del siglo XIX, presentaba vetas históricas, religiosas y estéticas.³⁷ Así, la exaltación de El Greco frente a la fría belleza formal de Renacimiento coexiste con la caracterización del pueblo español como espiritual, virtuoso, con pasado de glorias militares.

Podría decirse que lo verdaderamente barresiano reside en la continuidad del proyecto de dar forma a la consciencia nacional, solución a los grandes problemas de la Argentina, remontándose a los antepasados, a la tradición y a la cultura. Incluso en las descripciones de las ciudades, con su gente, sus paisajes y su arquitectura, uno podría ver el contacto profundo con el espíritu de un lugar al nivel de las sensaciones. Sin embargo, una diferencia central entre ambos autores parece percibirse en el futuro que Gálvez desea para su país: no sólo no es antisemita, sino que además considera que España (o, mejor dicho, Castilla) debe ser el solar de una raza que emergerá de la puja y la fusión entre las distintas colectividades que han inmigrado a la

³³Gálvez, Manuel, *El Solar de la Raza*, Buenos Aires, Editorial Poblet, 1943, p. 24.

³⁴ Gálvez, Manuel, *op. cit.*, p. 14.

³⁵Ibídem, p. 15.

³⁶Ibídem, pp. 16-17.

³⁷ Para el cambio en la percepción de España, véase Bertoni, Lilia Ana, *Patriotas, nacionalistas y cosmopolitas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007, pp. 179-184.

Argentina.³⁸ En este sentido, Gálvez puede despreciar el materialismo pero no es todavía xenófobo, ve como Alberdi y Sarmiento a los inmigrantes como arquitectos del progreso. La cultura, que en Barrès un elemento de exclusión, actúa para el autor de *El Solar de la Raza* en sentido contrario, como el elemento que creará un pueblo argentino a partir de la multiplicidad de nacionalidades que habitan en su territorio.

El Mal Metafísico, novela en la cual aparecen con nombres cambiados Gálvez, los “amigos y maestros” de su juventud y algunos personajes de su imaginación como Gabriel Quiroga y Nacha Regules, representa en cierta forma una claudicación. Carlos Riga, su protagonista, un joven que ansía crear y que se enfrenta con una ciudad materialista, degenerada y snob, acaba por morir al entregarse a la bebida tras ver sus pasiones estéticas y amorosas defraudadas.³⁹ Pareciera ser que Gálvez acepta las limitaciones de los proyectos de su juventud, que Goliat ha ganado. Incluso dirá en sus memorias, de forma casi lapidaria, que “*había en mí, por entonces, un indudable romanticismo, un sentido sentimental de la vida. Y esto es malo, porque en la necesaria jerarquía de las facultades humanas el sentimiento debe obedecer a la razón*”.⁴⁰

Un curioso epílogo aparece en la última novela del longevo escritor entrerriano, *La Casa de los Laris*. La novela cuenta la historia de Nemesio Laris, un patriota conservador que vive con amargura la caída de su clase en desgracia y, en su opinión, la del mismo país. Lo llamativo resulta que, tal vez recordando lo que había leído y discutido a principios de siglo, Gálvez ponga en boca de Nemesio que la nacionalidad “*no es cuestión de nacimiento, es cuestión de raza, de sangre, de sentir lo argentino. Y un hombre que es hijo de extranjeros no puede sentir lo esencial de nuestra patria...que es el alma, el espíritu, lo que está en el fondo de nosotros, lo que no es sino nuestro y que existe, aunque no lo sepamos ni lo veamos*”.⁴¹ Podría decirse que Gálvez está describiendo un nacionalismo de tipo romántico muy semejante al de Barrès, en el cual lo que importa es lo que se siente y no lo que se piensa. La nacionalidad está atada a la raza y al pasado, y un extranjero jamás podrá participar de ella.

A modo de Cierre. ¿Sentimiento o razón?

³⁸Ibídem, pp. 45-47.

³⁹ Gálvez, Manuel, *El mal metafísico (vida romántica)*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.

⁴⁰ Gálvez, Manuel, *op. cit.*, p. 426.

⁴¹ Gálvez, Manuel, *La gran casa de los Laris* en Clementi, Hebe, *Manuel Gálvez. Atravesando nuestra historia*, Buenos Aires, Leviatán, 2001, p. 280.

En 1928, Manuel Gálvez se encontró en la misma posición en la que más de veinte años antes había puesto a Miguel Cané: era un miembro de la vieja generación de nacionalistas atacado por los jóvenes, en particular por Julio Irazusta. El motivo del debate no era el nacionalismo en sí sino las perspectivas encontradas entre un Gálvez que defendía a Hipólito Yrigoyen como líder popular cuyo moderado obrerismo habría salvado al país de una revolución bolchevique. Irazusta, como es sabido, terminaría por plegarse a la opinión de Gálvez pero en ese momento consideraba que las leyes sociales yrigoyenistas sólo habían perjudicado la producción y fomentado la guaranguería. Lo significativo es que en una especie de réplica al maurrasianismoneorrepblicano, Gálvez señalara que los jóvenes confiaban demasiado en la razón sin reconocer las virtudes de los sentimientos y las emociones.⁴²

Sin embargo, poco tiempo después, y a tono con el párrafo arriba citado de sus memorias, Gálvez se encolumna detrás del nacionalismo integral: considera que el país está desde hace largo tiempo bajo las garras del romanticismo y que es necesario retornar al clasicismo, lo cual supone una contradicción total a sus percepciones de 1913.⁴³

¿Qué fue lo que le sucedió? ¿Qué provocó semejante vuelco? Las memorias nos brindan una pista. Hacia 1925 Gálvez realizó con su familia en tercer viaje a Europa en un crucero que recorrió el mar Mediterráneo. Paró en Palestina, Grecia e Italia. En Atenas habría quedado prendado de la belleza de la Acrópolis, lo cual lo habría movido a leer *Anthinea* de Charles Maurras, escrita cuando como corresponsal de las Olimpiadas de 1896 el joven escritor provenzal hubiera quedado hipnotizado por la arquitectura del Partenón.⁴⁴ Sin embargo, es difícil creer que la lectura de un solo libro de Maurras, previo incluso a la fundación de *L'Action Française*, haya provocado su conversión al nacionalismo integral. Si bien Gálvez niega que se haya aproximado al pensamiento maurrasiano por recomendación de los jóvenes neorrepblicanos, podría decirse que su aproximación a los mismos habría sido una posible causa de su “conversión”.

Otra causa posible habría sido su entusiasmo por el fascismo, fuerte desde su paso por Italia en 1925 donde se vio impresionado muy favorablemente por el régimen de Benito Mussolini.⁴⁵ Si bien Charles Maurras llegó a tildar al *Duce* de *mon-arche*, su simpatía por la

⁴² Devoto, Fernando, *op. cit.*, pp. 215-216.

⁴³ *Ibíd.*, p. 246.

⁴⁴ Gálvez, Manuel, *Recuerdos de la vida literaria (II)*, Buenos Aires, Taurus, 2001, p. 28.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 694-695.

solución fascista no empañaba su monarquismo. Limitado por su existencia física, el conductor no podría brindar la estabilidad que la dominación tradicional de la monarquía, entendida en sentido weberiano, garantizaba.⁴⁶ Gálvez veía al fascismo de otra manera, comparándolo con el yrigoyenismo y tal vez influenciado por el romanticismo, el sentimentalismo y el gusto por la violencia que habían signado su juventud. El fascismo le atraía porque era un movimiento popular, con un líder salido de las masas, que había liberado a Italia de todos los males que la aquejaba sin preocuparse por los medios utilizados. Los valores espirituales habían por fin triunfado sobre los materiales, y se había impuesto una concepción religiosa y trágica de la vida.⁴⁷

En este sentido, resulta difícil describir en pocas palabras el carácter del nacionalismo de Manuel Gálvez y el grado de influencia que Maurice Barrès tuvo en él. En sus dos primeras obras en prosa pueden hallarse marcas del pensamiento del autor de *Les Deracinés*, aunque en *El Solar de la Raza* el nacionalismo de Gálvez, si bien pareciera ser cultural, plantearía la necesidad de construir la nacionalidad argentina de forma inclusiva, a partir de los inmigrantes. *El Mal Metafísico* sería en este sentido un reconocimiento de los problemas del ideario romántico a la hora de querer transformar la realidad social, actividad a la cual Gálvez no se habría abocado activamente. Finalmente, en 1928 encontramos al literato entrerriano expresando en dos publicaciones distintos juicios muy diferentes, por no decir antagónicos, acerca del nacionalismo. Si bien podría pensarse que se produjo una conversión súbita o poco sincera, las apreciaciones de Gálvez sobre el fascismo no se asemejan demasiado a las de Maurras. Presentarían una mayor filiación con los juicios que en su juventud emitía sobre la importancia de la espiritualidad y los sentimientos, e incluso con algunos pensadores que se reconocían tributarios de Barrès como Pierre Drieu la Rochelle.

En este sentido, podría concluirse que el nacionalismo de Manuel Gálvez habría caído en un cierto eclecticismo teórico, pivoteando de una teoría a la otra según el mensaje que quisiera enunciar y los lectores potenciales. El literato entrerriano, enfrascado en su rol de intelectual que debía inculcar a las masas los elementos necesarios para consolidar su consciencia nacional, habría dejado de lado la coherencia y solidez teórica en favor de la capacidad retórica.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 90.

⁴⁷ Quijada, Mónica, *op. cit.*, pp. 62-74.